

## RESEÑA

# ECOS DE 1521. PORTENTOS Y PRESAGIOS EN LAS CONQUISTAS DE AMÉRICA

**José Arreola**  
UACM

“No hay pues nada más imprevisible que el pasado y por ello es válido preguntar cómo será nuestro pasado” (p. 90). Con esta sugerente proposición, en un juego con resonancias literarias, concluye la obra aquí reseñada. Sin embargo, sería todavía más exacto decir que el lector encuentra el inicio del reto verdadero. El texto de Diana Roselly Pérez Gerardo —investigadora en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y profesora del Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad— está compuesto por nueve capítulos y una introducción. Forma parte de la Colección México 500, que tuvo como objetivo, según se indica en la presentación, “fomentar en el alumnado la lectura y la reflexión autónomas que coadyuven a su formación” (p. 11).

El título del libro es ya una apuesta de indagación: otorga el mismo nivel de importancia entre portentos y presagios, y emplea el plural “conquistas”. Si bien hay semejanzas en los procesos de conquista en el territorio novohispano y en el área andina, lo cierto es que tuvieron diferencias marcadas, mismas que pueden rastrearse en las formas de recepción de portentos y presagios. En dichas interpretaciones confluyen, en constante tensión, la visión de mundo y la concepción indígena del espacio-tiempo con las nociones de la historia desde la perspectiva cristiana. Por eso mismo, “los indígenas que vivieron la conquista y los primeros años de la imposición del orden colonial enfrentaron un cambio radical en su modo de vida. Aprendieron el castellano, fueron catequizados, bautizados y, en algunos casos, se les enseñó a escribir” (p. 18).



Pérez Gerardo, D. R. (2021)  
*Ecos de 1521. Portentos y presagios en las conquistas de América.*  
 UNAM, 93 pp.

En el capítulo 1, “Las fuentes de los presagios: la historiografía de tradición indígena”, se define la historiografía de tradición indígena como “las obras en las que es posible detectar rasgos de la conciencia histórica indígena, pero entrelazadas con los atributos de otras formas de hacer historia, en este caso la historia cristiana” (p. 20). El análisis no parte de una sola tradición sino de las distintas posibilidades, según

las circunstancias enfrentadas, tanto en la región mesoamericana como en la andina. Dos diferencias fundamentales se encuentran, de inicio, en el tiempo sobre las noticias de la llegada de la “gente extraña y barbada”, es decir, entre 1510 para el caso de los mesoamericanos y sólo hasta la década siguiente con los primeros acercamientos a las costas peruanas; después por las fuentes de los presagios, ya que en el Perú son menos numerosas y variadas en comparación con el territorio novohispano.

La autora repara en un componente sustancial: “Dado que las sociedades andinas prehispánicas no tuvieron un sistema de escritura y que el resguardo del pasado dependió sobre todo del sistema oral, no existe un cuerpo documental semejante al de los códices mesoamericanos donde el sistema pictográfico y las representaciones plásticas indígenas se mezclan con las técnicas y los materiales españoles” (p. 23). No obstante, para el caso del Perú, existen crónicas que permiten rastrear una visión prehispánica de la historia, alejada de las versiones de los españoles.

Es importante señalar el amplio manejo de las fuentes empleadas por la autora. Su investigación está cimentada en un *corpus* robusto que le permite acercar, comparar y contrastar la narrativa de los presagios y los portentos

en uno y otro caso. De ese modo, hay dos elementos a considerar “el primero es que en ambas culturas los agüeros y la adivinación de eventos futuros eran inherentes a su concepción del mundo y a su relación con los dioses; el segundo es que las semejanzas halladas entre los presagios mesoamericanos y andinos son pocas en comparación con las especificidades que tienen las revelaciones portentosas narradas en la historiografía de tradición andina” (p. 27).

“Cosas prodigiosas y portentos del mal agüero en Mesoamérica y los Andes” es el capítulo 2 del volumen. El lector encuentra un recorrido sobre las distintas señales y augurios tanto andinos como mesoamericanos. Presagios y portentos de la tierra, del cielo y del agua que fueron leídos de maneras distintas y cobraron sentido “a partir de la conquista y fueron explicados en retrospectiva” (p. 32). No puede obviarse que la conquista y sus implicaciones dieron un nuevo marco de interpretación de los presagios. La reflexión de Pérez Gerardo es valiosa porque está realizada a tres bandas: contrastando el espacio andino con el mesoamericano sin olvidarse de las concepciones españolas.

El capítulo 3, “Las mensajeras y los mensajeros”, está dedicado a mostrar cómo es que la interpretación de los mensajes requería una especialización en la que las mujeres tuvieron un papel destacado en la tradición mesoamericana, pero no en la andina. “Otra particularidad es que todas ellas hablan: tanto la mujer purépecha como la mujer nahua resucitada, la diosa Cihuacóatl e incluso la viga transmiten los mensajes de manera oral”. En el caso de los Andes, los mensajes van contenidos en receptáculos “y sólo se hacen visibles cuando el destinatario, es decir, el gobernante los libera” (p. 50).

En el capítulo 4, “Los sueños y las visiones”, hay un análisis sobre la importancia de las manifestaciones oníricas, mismas que fueron explicadas mediante el modelo del presagio capaz de interpretar aquello totalmente desconocido. La autora brinda una serie de ejemplos de sueños y visiones, tanto del mundo mesoamericano como del andino. En ese sentido, señala: “La imagen de las grandes huestes amenazantes se le revelaron a Guayna Capac, a Moctezuma y a un sacerdote purépecha. No obstante, en el Perú, el millón de hombres que en una visión cercó al Inca no era un batallón de guerra sino una alegoría de la gran cantidad de muertos que dejarían las enfermedades introducidas por los españoles. Lo que sí comparten las tres crónicas es el carácter insólito que subyacía a cada una de las apariciones” (p. 56).

“Consultar las huacas: oráculos y adivinación en los Andes” es el capítulo 5. A estas alturas del texto, Pérez Gerardo anota la importancia de la lectura de las huacas en el mundo andino: había un circuito de especialistas para consultarlas,

aunque no siempre respondían. Para mostrar cómo la lectura de las *huacas* fue recurrente, la investigadora toma como referencia a Guaman Poma de Ayala y a Martín de Murúa. Además, anota que “la llegada de los españoles a Cajamarca aparece como la conclusión de los presagios narrados en el *Manuscrito Huarochiri*. Es decir, 70 años después de aquel acontecimiento, una vez concretado el hecho y bien conocido el final, el sentido de aquellos portentos se había vuelto evidente para aquellos informantes quechuas que relataron los hechos al extirpador de idolatrías, Francisco de Ávila” (p. 63).

En el capítulo 6, “La reacción de los gobernantes”, hay un análisis de cómo los gobernantes recibieron los presagios y portentos. La autora examina relatos míticos, como la caída de la ciudad de *Tollan*, en el que aparece un elemento trascendental para entender el derrumbamiento a manos de los españoles, “las menciones de abandono de las obligaciones políticas y sacerdotales” (p. 65). Asimismo, apunta una de las transgresiones más grandes cometidas por un grupo de expertos al servicio de Motecuhzoma: no dar aviso del portento celeste que llevaba días apareciendo. Motecuhzoma sólo pudo enterarse de qué se trataba gracias a Nezahualpilli. En el caso de los Andes, tanto el Inca Guayna Capac como Tupa Inga Yupanqui, antecesor de aquél, hicieron sacrificios ante las revelaciones. Yupanqui sólo tuvo cierta paz hasta que las *huacas* fueron consultadas y aseguraron que no moriría pronto. De todos esos gobernantes que recibieron presagios, “sólo Motecuhzoma tuvo que encarar el desafío de la conquista” (p. 69). Este elemento es de resaltar, ya que sobre el gobernante tenochca recaen severas críticas y se le presenta como cobarde y con poca legitimidad pues, desde esa visión, allanó el camino para la conquista.

El capítulo 7 lleva por título “La relación de los dioses con los especialistas”, en el que se analiza cómo se configuraba la idea del mundo y el espacio-tiempo, en la divinidad y lo terrenal, a través de los dioses. En esa dirección, la autora señala que “la relación con los dioses variaba entre una posición subordinada frente a sus designios y otra en oposición directa hacia ellos y ejercía acciones para coaccionar su voluntad o constreñir sus intenciones” (p. 71). Generalmente se piensa que sólo existió la supeditación a lo divino y no que, en realidad, había también una relación tirante en la que los especialistas desempeñaron un papel determinante para descifrar aquello que los dioses querían comunicar. “Se asumía, por tanto, que las divinidades tenían la intención de comunicar cierta información a los humanos y, para ello, se valían de diversos intermediarios que podían ser animales, seres inanimados o fenómenos naturales. Pero, por la ambigüedad de los mensajes, lo misterioso de sus expresiones y lo enigmático de su significado, los presagios debían

ser descifrados por especialistas” (p. 72). Los especialistas eran insustituibles para continuar la relación con los dioses, mediada por la noción de fin de mundo. Nuevamente, la autora repara en el hecho de dicha noción estaba presente en las cosmovisiones andinas y mesoamericanas, pero también en la cristiana.

“La concepción del tiempo y de la historia” es el capítulo 8, en el que se examinan los marcos interpretativos del tiempo en las cosmogonías mesoamericanas y andinas. En el caso de la primera, está presente la existencia de una compulsiva sucesión de ciclos o eras cósmicas que precedían el mundo actual; en la segunda, “la destrucción cósmica de eras anteriores no estaba tan arraigada y prevalecía más la idea de una coexistencia de las formas de vida correspondientes a cada una de ellas” (p. 77). Pérez Gerardo insiste en que las “edades, más que finales de mundos, intentan marcar un contraste entre épocas de barbarie, hundimiento moral e idolatría frente a las eras civilizadas y moralmente virtuosas. Ese mismo esquema funciona para trazar el enlace entre las edades indígenas y la nueva edad inaugurada por la conquista” (p. 81). Además, hay una observación interesante “las concepciones del tiempo cíclico andinas y mesoamericanas permitían proyectar el pasado en el futuro. Este modelo de explicación que engarzaba las transformaciones pasadas y futuras alcanzaba el espacio-tiempo de la utopía” (p. 83). Dicha observación no es menor, permite vislumbrar por qué, a pesar de la conquista misma, había un espíritu de resistencia desde un imaginario colectivo que apuntaba a revertirla.

El capítulo 9, “Cómo será el pasado”, es el último del libro. La autora recalca la importancia de los presagios y portentos, porque han sufrido descalificaciones considerándolos apenas como glosas de pasajes bíblicos o grecolatinos y, por lo tanto, esquemas adulterados de la verdadera historia indígena. Por ello, se resalta que “las historias de las conquistas donde se anotaron estos anuncios son auténticamente indígenas en la medida en que integran las concepciones prehispánicas del tiempo y de la historia con los conceptos, esquemas y formas de registro propias de los conquistadores” (p. 85).

*Ecos de 1521. Portentos y presagios en las conquistas de América* es una obra densa en su investigación, pero la manera en la que está escrita, el cuidado de la prosa y el ritmo permiten una lectura amena. Como el texto está acompañado de imágenes, el lector siente que está en un recorrido de museo, sólo que en este caso es un museo que reta, desde el presente y pensando el futuro, a indagar vivamente el pasado.